

## CAMINO DE LA SOLIDARIDAD EUROPEA

El proceso de la unidad occidental ha dado adelane algunos pasos en la temporada última. Las entrevistas McMillan-Adenauer, MacMillan-Erhard, MacMillan-Fanfani, etc., han sido positivas en términos generales. El Mercado Común europeo ha pasado a su segunda fase; y este hecho sería torpeza no vaolarlo en su indudable alcance «continentalizador». Lentamente se avanzará. Y esto que para la consistencia de las estructuras occidentales forzosamente ha de ser una base de mejores coyunturas de desarrollo y prepotencia colectiva o de bloque, se traduce en claro desconcierto y debilitamiento para los países que se mueven tras «el telón de acero» y cuya situación se va volviendo crítica o estacionaria. El signo global de los últimos tiempos es favorable a Occidente, por más que en este o el otro punto—integración agraria, intensificación de las defensas militares de la O. T. A. N.—haya habido y siga habiendo desavenencias lamentables. Y así lo ha visto el Jefe del Estado español en su mensaje de fin de año: «El año 1961—nos dice—lo caracteriza la culminación del proceso interior desencadenado en Rusia a partir de la muerte de Stalin y su inevitable repercusión en los partidos comunistas de otros países.» Y señala agudamente el mensaje «que la monolítica uniformidad impuesta por el terror (en Rusia) sufre internas y poderosas presiones sociales y encuentra eco en grandes núcleos de su población». Antes parecía que la desunión y las disputas eran exclusivas del mundo occidental; ahora se ve que también definen y corroen al mundo comunista. Pero la experiencia histórica demuestra que si las diferencias y hasta los conflictos son consustanciales con el mundo libre, atacan de muerte a los sistemas totalitarios como el marxista, que sólo pueden subsistir y actuar sobre la base de una disciplina absoluta y de una opinión colectiva única impuesta por el Estado. A medida que en el pueblo soviético crece el nivel cultural—nos aclara Franco—«despierta el espíritu crítico y se hacen impracticables el dogmatismo rígido y la obediencia ciega a consignas pro-

pagandísticas». Ahora bien, «supondría un error lamentable que Occidente estimara que esta situación le autoriza a bajar la guardia ante la amenaza soviética y la ideología comunista», pues la capacidad de subversión y de penetración ideológica del comunismo «no registra hasta el momento desensos estimables». Y por ello a la ideología comunista hay que responder no sólo con un dispositivo estratégico bien organizado y armado, sino también con una doctrina política y una ordenación económico-social por igual superadora del marxismo materialista y del capitalismo liberal». De otro modo, «la versión nacionalista del marxismo puede extenderse a ampliar zonas de América y del continente africano».

¿Qué hacer ante estas realidades y peligros? ¿Es la hora de negociar a ultranza con el adversario en crisis? ¿Es ya hora de compromiso? El Jefe del Estado español entiende que, por el contrario, es hora de mantenerse alerta y en guardia. «Los turbios e inconfesables caminos que condujeron a los acuerdos de Teherán, Yalta y Potsdam no pueden ser nuevamente suscritos por ningún hombre responsable del mundo libre.» Y ello porque, «si en las contiendas políticas como en la guerra no debe perderse el contacto con el adversario, nada tiene consecuencias tan catastróficas como lo que puede destruir la moral en las propias fuerzas y en las de aquellos aliados que combaten a nuestro lado». La advertencia es bien significativa. Y añade Franco: «no se trata de provocar situaciones límite, sino más bien que no se continúen rebasando los límites en los que aún sea posible la defensa del Occidente». No podemos tampoco dejar de hacernos a la idea de que «la paz a costa de todo es inmortal». El mensaje analiza las nuevas estructuras internacionales que han surgido y deduce que a la rivalidad de nación a nación ha sucedido la rivalidad de bloque a bloque y por eso, «dentro de cada bloque, si una nación se encuentra en peligro, todas las de su área lo están también». Y de ahí que importa «que el vecino sea fuerte y potente», si es amigo. Porque, evidentemente, «la vieja trama de intereses antagónicos entre pueblos ha sido desarticulada por patrones de unidad, lo cual hace cobrar más relieve—observa Franco, con sensibilidad europea—a las vinculaciones espirituales y surge la conveniencia de que desaparezcan aquellas motivaciones o problemas que puedan contrarrestar la eficacia de esta vinculación». Para los litigios pendientes entre las naciones del mismo bloque ve Franco la posibilidad de que «sobre la base de esa superior comunidad de intereses comunales, se arbitren fórmulas prácticas cordiales y eficaces de solución». El Jefe del Estado español en este punto puede argumentar con el ejemplo de haberle ofrecido a Inglaterra—hace años—una fórmula, de

arreglo amistoso y conveniente para ambas partes sobre Gibraltar. Aunque Inglaterra nada ha hecho en pro de la solución de este litigio histórico que en plena Europa sostiene impolíticamente una situación de coloniaje. Pues conviene insistir, porque es de estricta justicia, en que el uso de Gibraltar fué «cedido» a la Gran Bretaña por el artículo 10 del discutible Tratado de Utrecht, de 1713, con fines estratégicos muy concretos y bajo condiciones muy precisas, reiteradamente quebrantadas por motivos varios. Uno de ellos, la conversión de la fortaleza y base naval en «colonia de la Corona» en 1830. Y así es hoy Gibraltar, a pesar de sus camuflajes institucionales y administrativos, un apéndice subordinado a Londres en todo, hasta en la rigurosa y contumaz selección de sus moradores. Con lo que el Peñón queda convertido en la última colonia, y la única, en la Europa solidaria que ahora se trata de construir. Por otra parte, sería inútil y antijurídico cualquier maniobra para transformar el Peñón de Calpe en municipio integrado al Reino Unido o en «microdominio», volviendo a la argucia que fracasó en 1953, contra las claras determinaciones de los «doce principios» adoptados también en la O. N. U. el 15 de diciembre de 1960 (IV, V, VII y VIII). Por todas estas razones—y por la básica de que la «cesión» del tratado de Utrecht está afectado por varios vicios de nulidad jurídica—, el Reino Unido salvaría mucho preparando con tiempo un Acuerdo con España, propietaria del territorio de Gibraltar, incluso según la letra y el espíritu del Tratado de Utrecht. El acuerdo hispanoinglés, dada la buena disposición de Madrid, pondría fin a un litigio que es hoy el único estorbo en las cordiales relaciones entre ambos pueblos.

Tanto más conveniente para ambas partes tal acuerdo, si se piensa en que Londres y Madrid, por fuerza de los hechos en curso, habrán de salir pronto de su viejo marginalismo europeo, incorporándose de una u otra manera a las estructuras continentalizadoras de la economía de Europa. Hemos de ser realistas aquí y allí, y mirando la conveniencia presente y no volviendo la vista a pretéritas rivalidades, que ya no existen, afrontar el futuro con decisión de solidaridad en todos los planos. Recientemente—caso insólito en las pasadas décadas—marinas británica y española han hecho juntas una provechosa operación de ensayo táctico en el Mediterráneo. ¿Por qué la política no ha de ir sincronizada y en el sentido mismo de la estrategia y de la economía? España está, por conciencia de sus deberes continentales, frente al peligro común, dispuesta con el mejor ánimo para la solución que imperan de consuno, la justicia y la realidad. Y por eso, lo mismo que admite la

integración continental sin discriminatorias cortapisas o abusivas imposiciones, quiere comparecer sin mutilaciones territoriales ni morales a la Tabla Redonda de una Europa concorde.

\* \* \*

Y esta decisión española de solidaridad con Europa ha tenido confirmación rotunda en la carta con que nuestro Ministro de Asuntos Exteriores, don Fernando María Castiella, en nombre del Gobierno, culminando una política constantemente seguida en los últimos años, ha solicitado del Presidente del Consejo de Ministros de la Comunidad Económica Europea la apertura de negociaciones con objeto de examinar la posible vinculación de España a tal Comunidad «en la forma que resulte más conveniente para los recíprocos intereses». Las razones que han movido a España a dar este paso proceden del imperativo íntimo de su ser y de su Historia. A ellas alude nuestro Ministro Castiella en su carta: «la vocación europea de España repetidamente confirmada a lo largo de su Historia», «la continuidad territorial de España» con la Comunidad Económica en la que se pretende entrar, la «aportación que nuestra posición geográfica puede representar para la cohesión europea», la preocupación del Gobierno español por «acelerar el desarrollo económico del país», el hecho de que «las exportaciones agrícolas a los países de la comunidad constituyen un capítulo fundamental del comercio exterior español». Y añadiríamos otra razón trascendental para la plenitud de la economía europea: en estos tiempos de peligro atómico, las economías necesitan, al igual que los dispositivos estratégicos, una posibilidad de despliegue en profundidad, para no ser aniquiladas en un abrir y cerrar de ojos. Pues bien, agolpada como está la industria europea de la Comunidad Económica en los breves espacios de las cuencas del Ruhr, del Po y del Sena, la incorporación de España—como la de Grecia y en su día los demás países periféricos del continente—significará para esa industria el «espacio vital de implantación» que le es imprescindible para su seguridad de no sucumbir fulminada en unos minutos apocalípticos. España, sobre todo por sus condiciones geoeconómicas de cara como estamos a la era de la energía atómica, que desvalorará las cuencas carboníferas y aún las hidroeléctricas—, ofrece una óptima posibilidad de dispersión y escalonamiento a las industrias europeas y una aproximación de sus productos a los mercados de África y América, a través de una cadena de puertos susceptibles de gran capacidad de tráfico. Además, la incorporación española a la Comunidad Económica euro-

pea le llevará un gran volumen de mano de obra, de la que tan necesitada se encuentran sus industrias y campos, a la vez que unos vastos yacimientos de minerales—hierro, uranio, etc.—que contribuirán a la autosuficiencia de materias primas. No será, pues, España en la Comunidad el «pariente pobre», sino un socio colaborador que aporta su parte alícuota de capital y trabajo y su invalorable posición geográfica de país-puente entre tres continentalidades.

Por otra parte, el clima de España, no sólo en su Península, sino también en sus archipiélagos, facilita la producción de frutas y productos hortícolas tan necesarios a la economía alimenticia de Europa. En este aspecto, la incorporación de nuestro país a la Comunidad Económica Europea ha de ser la solución de los importantes problemas que la dietética tiene planteados, sobre todo en los países del centro y norte del Continente.

Naturalmente, la incorporación española estará condicionada a las exigencias del bien común del país, a fin de que el vincularnos más estrechamente a Europa, lejos de ser un obstáculo a nuestro desarrollo económico tanto en la dimensión agraria como en la industrial, «sea más bien un estímulo para la consecución de aquel objetivo». Y a este efecto, los miembros fundadores de la Comunidad Económica Europea han de ver que el éxito del plan de estabilización español logrado en cooperación con organismos internacionales, constituye una «alentadora experiencia». España es y se siente Europea, y sabe comportarse a la manera europea. Y es obvio que ello sea tenido en cuenta, tanto a la hora de asociarnos como a la de integrarnos plenamente, para que nuestras actuales exportaciones—agrarias y de toda índole—al bloque de la Comunidad, se mantengan y aumente, único modo de que sigamos contando con medios de pago para llevar adelante nuestro desarrollo económico a nivel europeo. Y del mismo modo «los nexos que unen a España con los países americanos no han de sufrir mengua con la integración..., antes al contrario, pueden ser una positiva contribución para resolver los problemas planteados entre aquéllos» y la Comunidad Económica Europea. Y así España, por la geografía y por la Historia, en su condición de país-puente con América, podría hacer de catalizador para la transformación paulatina de la Comunidad Europea en esa Comunidad Atlántica, que ya hoy columbran en el horizonte como una fastuosa y esperanzadora aurora boreal, las mentes más futuristas de la política, a ambos lados del Atlántico. Y no se olvide que idea española ha sido siempre—desde que un día la balbució en sus momentos de agonía la reina Isabel la Católica—la idea de una «con-

«continentalización» de Euráfrica, que habrá de conseguirse por recíproca cooperación y mutuo interés. Pues si España es europea, también es africana, como en lo espiritual es americana.

\* \* \*

De su entrevista con Adenauer regresó optimista MacMillan. Las relaciones anglogermanas, que pasaban por una etapa de mutuos celos y habían dado lugar a críticas muy virulentas por una y otra parte de la prensa, parecen haber entrado en una etapa de mejor comprensión mutua. Quizá ha influido en ello el hecho de que el Gobierno alemán, tentado diabólicamente por Moscú a un arreglo bilateral de los problemas pendientes—Berlín y unificación—informó de ello lealmente al de Londres, como a los demás aliados, aunque omitiera dar, como era lo obligado, a la prensa noticias de esta reacción, lo cual motivó que los comentaristas ingleses, recordando los pactos de Rapallo y de Moscú, atribuyeran al equipo político de Adenauer los mismos desleales métodos de la República de Weimar y del Reich de Hitler. También conviene tener en cuenta para valorar la mejora de las relaciones germano-británicas que el Gobierno de Londres necesita contar con la amistosa actitud del Gobierno de Bonn en las próximas etapas de negociación para el pretendido ingreso en el Mercado Común europeo. Y de ahí la diligencia con que Mr. Heath—ministro inglés encargado de la negociación—cuida al Dr. Erhard, cuya voz es en esta materia la voz del Gobierno alemán. Y en las entrevistas que Erhard ha celebrado en Londres, tanto sobre esa cuestión como sobre la ayuda económica alemana al sostenimiento de las tropas inglesas destacadas en territorio de la República Federal, el entendimiento ha sido básico. A pesar de la oposición que a lo segundo ha hecho alguna prensa alemana. Sirva de ejemplo este párrafo de *Der Mittag*, de Düsseldorf: «Si las tropas alemanas van al país de Gales, Alemania paga; si las fuerzas británicas van a Alemania, Alemania paga también; en uno de los dos casos algo va mal, dado que ambos movimientos de tropas sirven a la O. T. A. N.» Y añade el mismo periódico: «¿Nunca se darán cuenta de que el ejército del Rhin no está defendiendo a Alemania (solamente), sino a la Gran Bretaña?» Del Acuerdo Bonn-Londres, sobre los problemas que los separaban, se ha hecho eco radio Moscú en estos términos: «Bonn ha conseguido lo que deseaba: el apoyo británico a las cuestiones de Berlín occidental y Alemania.» Este juicio moscovita revela que la solidaridad occidental va por buen camino a pesar de sus vericuetos y conflictos. A la altura a que han llegado los hechos, la unión europea es una fuerza que nadie, humanamente

hablando, puede ya detener. Sólo la retirada total de Rusia a sus fronteras, el arreglo de la cuestión alemana y la liberación de los países satélites podría poner en riesgo de aplazamiento o escisión un proceso continentalizador que precisamente han puesto en movimiento y lo empujan las trágicas experiencias de la postguerra, promovidas por el desatentado y agresivo imperia-  
lismo soviético.

\* \* \*

Por otra parte, Rusia ha podido comprobar, como arriba apuntamos, que sus intentos de escindir a la República Federal de sus aliados de la O. T. A. N. han fracasado. He aquí la respuesta de Bonn: «La concepción soviética de unas negociaciones germano-soviéticas aislada, está falta de realidad y es reaccionaria.» Más todavía: «Si la República Federal no quiere perder la propia libertad, ni perturbar la esclavitud de la zona (oriental) no actuará más que de acuerdo con sus aliados, precisamente cuando éstos sostienen conversaciones con Rusia.» No hay, pues, entendimiento bilateral ruso-germano. Ni lo podrá haber mientras la Unión Soviética siga apoyando el régimen de terror en su zona de ocupación y negando al pueblo alemán el derecho de autodeterminación». Tal es la postura del Gobierno de Bonn. Y poco o nada pueden significar frente a esa actitud las insinuaciones de negociación separada que parecen desprenderse de algunas palabras del jefe liberal Erich Mende, que por cierto han sido desaprobadas, lo mismo por el partido cristianodemócrata que por el socialdemócrata.

Peores son las diferencias de tipo militar que en la última reunión de estrategias de la O. T. A. N. se pusieron de relieve. Aunque, a decir verdad, De Gaulle parece estar corrigiendo su postura de entonces, al aumentar, con la traída de varias divisiones de Argelia, los contingentes franceses en la O. T. A. N. Además, la conversión de la O. T. A. N. en potencia atómica es una tendencia que gana adeptos. El más grave fallo de la O. T. A. N. en los meses últimos ha sido la insolidaridad con Portugal en el pleito de Goa, pues fué, sobre todo, impolítica la actitud adoptada por algunos países de la O. T. A. N. en la O. N. U., donde el caso de Goa no arrancó siquiera una condena simbólica de la India, como agresora, aun prescindiendo del fondo que se ventilase en el litigio indiolusitano. Sigue también cojeando la O. T. A. N. por los prejuicios partidistas—sobre todo de los miembros escandinavos—, que paralizan la acción integradora, tan necesaria para la plena seguridad colectiva de Europa. Pues al dispositivo logístico-estratégico de la O. T. A. N. le falta, evidentemente, espacio para su despliegue. Y es obvio que si el dis-

positivo logístico-estratégico no tiene el necesario espacio para escalonarse, le fallará a la O. T. A. N. su defensa en profundidad. No hay más que echar una ojeada al mapa para darse cuenta de que sin España, tanto su territorio peninsular como sus provincias insulares (Balears, Canarias), y muy especialmente el Sahara, no hay posibilidad de escalonar una verdadera estrategia profunda de defensa europea. En el dispositivo actual de la O. T. A. N. con relación a Europa, todo es estrategia de primero y segundo escalón. Una ofensiva enemiga que rompiera el frente en los primeros choques, apenas tendría distancias que recorrer. La aviación de la O. T. A. N. ya hoy tropieza con la carencia de espacio para sus maniobras. Pensemos que nada menos que cinco de los miembros de la O. T. A. N. son limítrofes del bloque comunista; y los otros aliados, salvo los dos americanos, tampoco ofrecen amplitud para la maniobra estratégica. Ahora bien, no se puede hablar de una seguridad colectiva europea si no se la tiene organizada a tiempo con una estrategia y una logística escalonadas en profundidad. Esta es la razón de que, pese a todos los sectarismos, todavía arrastran como secuelas de la guerra última, España sea necesaria para montar una estrategia eficaz de defensa del continente europeo libre. Aun prescindiendo del elemento humano—que en España se batió denodada y victoriosamente contra el comunismo—, nuestra geografía se impone como «espacio vital» de la estrategia europea. Y más todavía, si como De Gaulle ha dicho en su último discurso, Europa ha de «ser una unión de Estados organizados a ambos lados del Rin y de los Alpes y quizás del Canal, para convertirse en la unidad más poderosa, más próspera e influyente del mundo, en lo político, en lo económico, en lo cultural y en lo militar». Y ha insistido el presidente francés, bien significativamente: «Hemos solicitado activamente que la unión europea saliese del campo de la ideología y de la tecnocracia para situarla en el campo de la realidad, es decir, de la política.» Paso a paso, la solidaridad europea va tomando cuerpo a nuestros ojos. Nada menos que un De Gaulle—el pregonador un día de la «Europa de las patrias»—ahora aboga por la Comunidad Política de Europa, como estructura paralela de la Comunidad Económica.

\* \* \*



## CAMINO TAMBIÉN DE LA SOLIDARIDAD AMERICANA

A trancas y barrancas, la conferencia interamericana de Punta del Este (Uruguay) llegó, por fin, después de 10 días de debate con momentos de acritud y de recelo a un compromiso. Catorce países se solidarizaron con la propuesta colombiana de condena y exclusión de Cuba; seis países se abstuvieron por escrúpulo legal. Los abstenidos fueron: Brasil, Argentina, Chile, Bolivia, Ecuador y Méjico. Una abstención que, más que disintimiento, expresa expectativa, pues en el fondo todos los países de la Conferencia coincidieron en que el régimen de Castro supone abierta ruptura con la democracia del Nuevo Mundo, a la vez que violenta incursión de un imperialismo extranjero en el sistema interamericano. Y así lo hicieron constar algunos de los delegados abstenidos. Lo que pasa es que la Carta de la O. E. A. no prevé la fórmula de expulsión de cualquiera de sus miembros. Claro que para condenar y declararle el bloqueo a la dictadura de Trujillo no hubo tales escrúpulos en la Conferencia interamericana de San José de Costa Rica (agosto 1960). La presión inicial que en Punta del Este desencadenó la representación estadounidense suscitó la reacción autodeterminativa de los países iberoamericanos, y de ello se valió el presidente cubano Dorticós para maniobrar a favor de su tesis de no ingerencia. Menos mal que, de una parte, el representante cubano se mostró pésimo diplomático y, de otra, el secretario de Estado Dean Rusk, percatándose de que el «antiyanquismo» es una realidad en Iberoamérica, enmendó su primera actitud impositiva. Así pudo actuar en papel de árbitro el ministro colombiano de Asuntos Exteriores que, con su oratoria precisa y convincente, en un discurso que pulverizó los sofismas de Dorticós, arrastró a la mayoría de los dos tercios a votar positivamente la exclusión de Cuba del sistema interamericano. El acuerdo fraguó en esta fórmula multimembre:

«1.º La adhesión de cualquier miembro de la O. E. A. al marxismo-leninismo es incompatible con el sistema interamericano y el alineamiento de tal Gobierno con el bloque comunista quebranta la unidad y la solidaridad del hemisferio. 2.º El actual Gobierno de Cuba, que oficialmente se ha identificado con un Gobierno marxista-leninista, es incompatible con los propósitos y principios del sistema interamericano. 3.º Esta incompatibilidad excluye al actual Gobierno de Cuba de su participación en el sistema interamericano, y 4.º El Consejo de la O. E. A. y los otros órganos y organismos del

sistema interamericano adoptarán, sin demora, las medidas necesarias para cumplir esa resolución.»

Queda, pues, confiada al Consejo de la O. E. A. la adopción de las medidas para excluir al régimen de Castro de la Comunidad interamericana. A la vez, en Punta del Este, se ha «expulsado» a Cuba de la Oficina Interamericana de Defensa y se ha declarado embargo de armas dirigidas a Cuba, o procedentes de ella. También se ha dispuesto organizar un sistema de vigilancia para impedir la extensión del comunismo en las Américas. Y se ha afirmado la unidad continental contra los avances del comunismo. Con el solo voto de Cuba en contra se han ratificado los principios y fines del programa de «Alianza para el progreso». Y se ha hecho una recomendación a todos los Gobiernos americanos para que celebren elecciones libres. Por último, como en otras conferencias de la O. E. A., se ha expresado la formal adhesión a los principios de la autodeterminación y la no intervención.

Entramos, pues, en una fase más concreta de solidaridad interamericana. Tropezará quizá esta fase con obstáculos. Ya ha surgido el primero en la negativa canadiense a cortar su comercio con Cuba. Pero Washington continúa las gestiones para convencer al Gobierno canadiense de que, con su actual negativa, no hace más que colaborar a que el comunismo se consolide en el Continente. Los Estados Unidos han cerrado las importaciones cubanas, que le suponían a Fidel Castro 35 millones de dólares, con los que organizaba sus campañas de proselitismo en América. La violencia con que el castroismo ha reaccionado a esa medida discriminatoria, acusando a los Estados Unidos de «agresión económica», ante la O. N. U., revela las graves consecuencias que de ella se pueden derivar para el régimen comunista cubano. El problema es ahora si la escuadra de los Estados Unidos impedirá los envíos de armas soviéticos a Cuba, como el acuerdo autoriza. Rusia ha hecho saber que hará frente a cualquier intento de bloquear sus barcos en el Caribe. Pero amenazas parecidas hizo para el caso de que las tropas aliadas forzaran los pasos hacia Berlín, sin contar con el visado de la policía germano-oriental, y después, cuando el forzamiento llegó, no hubo represalia soviética. Si por apoyar a la República Popular alemana no ha sacado Rusia la espada, menos la sacará para defender sus envíos de armas a Cuba. Parece ilógica la hipótesis contraria; y, sin duda, por eso Fidel Castro trata de organizar en la O. N. U. su defensa para sobrevivir del bloqueo a que se le ha condenado. Castro comparará su situación con la de Trujillo: año y medio bastó para que el bloqueo diera al traste con el «trujillismo». Bien es verdad que el castroismo tiene apoyos—aparte el de Rusia—que el «truji-

llismo» no tenía. Por eso no conviene apresurar deducciones. De lo que no cabe duda es de que a Castro—que hasta ahora había navegado a velas desplegadas—se le ponen de proa los vientos. Ya son quince los países americanos que han roto sus relaciones con Cuba. El último, Argentina, a pesar de su abstención «jurídica» en Punta del Este.

\* \* \*

De todos modos, lo sucedido en Punta del Este ofrece claros síntomas de cuarteamiento en algunas estructuras políticas de Iberoamérica. En otro orden, la hegemonía—no sólo económica—de los Estados Unidos también está en crisis. En el viaje de Dean Rusk por el hemisferio Sur, como en las entrevistas de Kennedy con Bethancourt y Frondizi, se ha evidenciado que el prestigio antes omnímodo de los Estados Unidos va en retroceso. En el fenómeno influyen muchas causas. Una de ellas la hábil explotación que el régimen de Castro viene haciendo de los sentimientos «antianquis» que hay en la población iberoamericana. Otra causa es el indudable abuso—reconocido noblemente y lamentado por el presidente Kennedy—con que algunas grandes empresas norteamericanas—asentadas en Iberoamérica—tratan a los obreros y empleados locales, en contraste con los altos sueldos que dan a los «gringos». Esto es, a los «yanquis». El «colonialismo económico» contra el que Kennedy ha movilizado su censura, ha sembrado por toda Iberoamérica la cizaña que ahora brota en mil maneras bajo el disfraz castrista o bajo otros disfraces. Conviene, por razones de conveniencia general, poner freno a esas reacciones que de actuar en cadena no iban a remediar nada, y en cambio le podrían facilitar la entrada al Caballo de Troya del comunismo. Los abusos se pueden y deben corregir, pero sin promover situaciones límites de las que no siempre se logra salir airosamente. Tanto los Estados Unidos como Iberoamérica están abocados a una colaboración—a través del programa kennediano de la «Alianza para el progreso»—que puede ser decisiva para la corrección amistosa del actual malentendimiento y para que las estructuras políticas, sociales y económicas, hoy en quiebra, sean sustituidas por otras más justas y eficaces. Ello obliga a ambas partes de la relación a una cuidadosa tarea de reajustes y enmiendas. Con desplantes y con determinismos previos no se va a la solución de los problemas pendientes. El ascenso de nivel de vida de Iberoamérica es garantía para la propia tranquilidad de los Estados Unidos. Y en este quehacer del entendimiento interamericano, España está en condiciones de realizar una mediación fecunda. Aunque también entre nosotros haya alegatos contra la política,

norteamericana en Iberoamérica, no hay que rasgarse als vestiduras ni ver en decisiones individuales un estado de ánimo colectivo. El pueblo español comprende muchas cosas, disculpa muchos errores y olvida muchas injusticias. Quizá porque en esta hora crítica estimamos los españoles que a todo se debe sobreponer, por interés común de Occidente, la coincidencia en los valores fundamentales. Estos valores son los que hay que poner a salvo. Y para ello todos somos necesarios: las grandes y las pequeñas potencias occidentales, las ricas y las pobres. España es, por su naturaleza y por su historia, un pueblo mediador, bisagra de continentes, lazo de culturas, síntesis de contrarios y superación de divergencias. Y por eso le son como propios los problemas de América, y puede ejercer en ellos una función catalizadora. Frente a los que farisaicamente agitan el escándalo, el Gobierno español ha podido decir, recientemente por medio de la Dirección General de Prensa para deshacer ciertos infundios vertidos en torno a un artículo aparecido, con firma responsable en un periódico de Madrid: «las noticias y comentarios internacionales de la prensa española reflejan únicamente la opinión del periódico que los difunde o del comentarista que los firme y no comprometen en nada la política exterior del Estado español». La lealtad es la norma de nuestra conducta política. Y esa lealtad ha sido resaltada, en fecha no lejana, por el encargado de Negocios de los Estados Unidos en Madrid: «Puedo decir que muchos de mis colegas del servicio diplomático destinados en otros países tienen motivos para sentir envidia de nosotros por las relaciones agradables y fáciles que tenemos con nuestros buenos amigos de este país.» Esta razón, precisamente, hace aconsejable y quizá necesaria la cooperación española al entendimiento interamericano. Cooperación que España está dispuesta a prestar sin oblicuos intentos ni burdos intereses, sino con el noble propósito de que todas las diferencias se fundan en una coherente comunidad atlántica.

*ESTUDIOS*